

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## DESPUES DE DIEZ AÑOS

# LA PAZ

El alto el fuego se ha firmado en París. Después de diez años de guerra indeclarada, entre los Estados Unidos y el Gobierno de Hanoi, el armisticio ha puesto fin, de momento, a las acciones bélicas de los contendientes. Todo ha sido extraño, extravagante y en parte incomprensible, en esta guerra anacrónica. Desde su brutal involucramiento por parte de Norteamérica, que lanzó sus Fuerzas Armadas a la contienda por orden del presidente Johnson en 1963, hasta los últimos bombardeos en escalada ordenados por Nixon para mejorar los términos del acuerdo de suspensión de hostilidades. ¿Por qué se inventó un incidente naval en el golfo de Tonkín, especie de «Maine» indochino que permitiera la intervención directa estadounidense? Misterio, todavía. Leyendo los «papeles del Pentágono», uno se pierde entre informes contradictorios, disparatados, erróneos, prejuzgados casi siempre. El presidente Johnson, cuya repentina muerte coincidió literalmente con el alto el fuego, hombre a un tiempo cauto y violento, astuto y desmesurado, liberal y autoritario, fue evidentemente el gran responsable del empeño guerrero vietnamita. La aventura le costó la erosión total de su prestigio, la división de su partido y de su país, y le obligó a retirarse sin aspirar a la reelección. Hasta los propósitos de la «gran sociedad» y la legislación de los derechos civiles protagonizado por él, quedaron injustamente olvidados ante la impopular guerra del presidente demócrata. Es impresionante lo que la guerra del Vietnam ofrece como balance real al cabo de los diez años. Un millón de muertos, la mayor parte civiles, no combatientes. Otro millón largo de heridos y mutilados. Muchos millones —casi la mitad de la población— de gentes desplazadas de su entorno habitual, refugiados, muchos en condiciones misérrimas, en campos de concentración de su propio país.

Y junto a ello, siete millones de toneladas de explosivos arrojados sobre la tierra vietnamita. Miles de pueblos y aldeas convertidas en escombros y paisaje lunar. Dos millones de hectáreas regadas con productos químicos venenosos; la mitad de los bosques del país destruidos o desfoliados. Un tercio de los cultivos y riego convertidos en suelo estéril. ¿Para qué esa apocalipsis?

Se dice que Estados Unidos intervino con su máquina guerrera superpoderosa para evitar que el Sur cayera en manos comunistas y también para frenar la expansión del poder comunista en Asia. Lo cierto es, sin embargo, que los acuerdos de Ginebra que pusieron fin, en 1954, a la aventura colonial francesa después de Dien-Bien-Phu preveían unas elecciones libres supervisadas, a celebrarse dos años después. Pero los Estados Unidos y su agente Diem se negaron a cumplimentar ese acuerdo electoral por el temor a que Ho-Chi-Minh y su partido ganasen la consulta popular. Ello envenenó las cosas y provocó, en definitiva, que Norteamérica se creyese obligada a defender, por las armas, la dictadura militar de Van Thieu. Mas, al cabo de diez años de atrocidades por ambas partes, la situación, desde el punto de vista del dominio norvietnamita

ha empeorado notablemente para el Vietnam del Sur. Debajo del paralelo 17°, no hay ni mucho menos un territorio unificado, controlado por el Gobierno de Saigón. Existe por el contrario un inmenso y confuso mosaico en el que cientos de miles de kilómetros cuadrados y miles de lugares y pequeñas ciudades se encuentran ocupadas y dominadas por el gobierno revolucionario del Vietcong, agente, en realidad, de Hanoi. Se reconoce en los acuerdos firmados la existencia de esa situación y de ese tercer gobierno y se dictan vagas normas de reconciliación y autodeterminación. El Gobierno de Thieu nada seguro del apoyo popular toma medidas draconianas para evitar que los refugiados, tras el alto el fuego, traten de volver a sus aldeas originarias engrosando los efectivos del Vietcong. Otro gran sector del país sudista, neutralista y no comunista, detesta al régimen de Thieu y la presencia americana. A su vez el Gobierno de Saigón depende cada vez más, exclusivamente, del apoyo de Washington para subsistir, militar, política y económicamente. No cabe haber encontrado una solución más artificial y menos realista que la que ha producido estos diez años de guerra de exterminio.

¿Se ha contenido con ello el comunismo en Asia? La respuesta no puede ser excesivamente optimista. Sobre el grado de popularidad de los norteamericanos en Asia, después de la guerra del Vietnam, no parece que suscitara temperaturas demasiado elevadas, cabe preguntarse si después de los viajes de Nixon a Pekín y a Moscú lo que ha sucedido no ha sido precisamente lo contrario, es decir, que se ha reconocido por parte de Washington el papel de China popular como gran potencia mundial y no digamos asiática y se ha definido, tácitamente, un nuevo «statu quo» en el Extremo Oriente en el que los dos grandes imperios marxistas han visto respetadas sus áreas respectivas de influencia. Con lo que la vieja y desacreditada «teoría del dominio» ha recibido una total y decisiva descalificación.

La guerra del Vietnam que ahora acaba ha sido el más sangriento, desdichado e inútil episodio de la llamada guerra fría y en cierta manera el último capítulo del colonialismo bélico en el que, absurdamente, los Estados Unidos, potencia mundial, campeona del anticolonialismo en la posguerra del 45, tomó el relevo de Francia, sin objeto ni necesidad, ni para defender ningún interés vital de su país, situado a miles de kilómetros de distancia, sin fronteras o implicaciones comunes. Fue una guerra estúpida, sin justificación moral. Ha tenido de graves reservas y poco elogiosos calificativos la imagen internacional del gran país norteamericano, campeón de la generosidad y del liberalismo después de la derrota de Hitler y del imperialismo japonés, creando notables fisuras en el propio seno de la NATO y de los aliados americanos del Pacífico y dentro de la sociedad americana que, como escribe Preston, ya no será nunca la misma. Y sobre todo ha dado la impresión de que Washington buscaba en los años setenta realizar una política de potencia y de hegemonía imponiendo su voluntad política en los más

remotos confines, si era necesario, amparándola con la fuerza y con la violencia.

Pero el mundo no marcha ya por esos derroteros. Y por ello, la guerra del Vietnam tenía que acabarse, al menos en su forma pasada. Notable habrá sido la influencia decisiva que China, y sobre todo Rusia, hayan tenido a la hora de la negociación final para inclinar el ánimo de Hanoi a la transigencia. Moscú ha mantenido a lo largo de la entera crisis vietnamita, sobre todo en sus fases neurálgicas, un clima de contención y de prudencia que revela el papel corrector que ha correspondido a la Unión Soviética frente a los desmelenamientos paroxísticos finales de la guerra aérea, impuestos por el pantagónismo.

Al deshielo de la guerra fría corresponde el alto el fuego del Vietnam, último capítulo de una lucha anacrónica carente de sentido, aunque dolorosa y brutal como todas las guerras. La gran novedad que ha cambiado el equilibrio de las fuerzas en el mundo ha sido la aparición de la tecnología nuclear y con ella el poder compartido de USA y URSS para disponer de aquella y hacerse entre sí la guerra de total destrucción. El mutuo temor ha llevado a la eliminación de la probabilidad de la guerra y como consecuencia a prescindir del conflicto bélico como forma de superar las contradicciones o los problemas internacionales o interiores de cada Estado. La negociación y el diálogo son el corolario obligado de esa nueva situación.

No es exactamente la paz lo que surge de esa superación de la guerra, como antes ocurría. La paz brotaba antaño del espacio temporal que imponía una victoria de las armas o una hegemonía que se desprendía de esa victoria. Ahora, no hay triunfo, ni hegemonía impuesta. Y los problemas y cuestiones quedan vigentes e irresueltos en gran parte. La paz es, pues, un espacio crítico de tensiones y contestaciones de toda índole que se irán planteando y resolviendo a lo largo de muchas negociaciones y forcejeos, lentos y difíciles. No habrá paz impuesta de una vez. Sino paz final, como resultante a largo plazo.

Nixon ha querido subrayar ese nuevo perfil de la política exterior norteamericana cuando en las escaleras del Capitolio juró su segundo mandato, pocas horas antes de anunciar la paz del Vietnam. «Ha pasado el tiempo —dijo— en que América consideraba como suyo el conflicto de otras naciones o se creía responsable del destino de otros pueblos o pretendía decir a los demás países cómo debían gobernarse...» Y una personalidad neutralista del Vietnam enjuició lo ocurrido con estas dramáticas palabras: «Después de treinta años de sacrificio y sufrimiento y de ríos de sangre y de montañas de cadáveres no hay realmente nada por lo que se pueda brindar en estos momentos».

José María DE AREILZA

# ACTITUDES CON BALMES, COMO EXCUSA

NO creo que me haga falta hacer esta confesión previa: no siento ninguna admiración especial por los papeles del reverendo Jaime Balmes, que en paz descanse. Ni siquiera llegué a sentirla en mis candidos años de adolescencia, cuando me tragué de cabo a rabo más de la mitad de sus Obras Completas en la edición del padre Casanovas. Un azar curioso hizo que estos libros cayesen en mi domicilio, y los aproveché. Los muchachos de entonces —era la pura y cruda posguerra— no gozábamos, como los de ahora, de atabales indulgencias respecto a las lecturas. Hoy, gracias a Dios o al diablo, la gente joven puede escoger, más o menos, los autores de su gusto, sean estilo Miller, sean estilo Mao, o lo que se presente. En mi tiempo, todo estaba vetado. Hasta Ortega y Gasset, que ya es decir. El ayuno forzoso me llevó a devorar los escritos de Balmes. No saqué de la experiencia, repito, un gran entusiasmo por don Jaime. Pero tampoco le perdí el respeto. Sé de un miserable metafísico del secano peninsular que, puesto a «hacerse el moderno» —y, por falta de costumbre, la patchada le salió horrenda—, quiso permitirse el lujo de formalizar un desdén chusco: «¡Balmes, claro está! ¡El mejor filósofo de Vich!» La bromita consistía en reducirlo a escala municipal. Pero, a escala celtibérica, y en su momento, el clérigo de Vich venía a ser casi un Hegel. Y no me apeo del juicio, si se me acepta «cum grano salis».

Estos días, por necesidad de verificar un dato —más «histórico» que «doctrinal»— en sus textos, he vuelto a hojear a Balmes. Y no: no era precisamente un Hegel. Pero fue algo más que eso: un político. El pobre Balmes, que murió a los treinta y ocho años, se pasó tan corta vida, crispada además por los bacilos de Koch, redactando revistas y mamotretos con el buen deseo de «arreglar las cosas» de una España en la que creía. No cabe duda de que, a nivel local y en su circunstancia, fue algo así como un cura progressista. La mayoría de los posconciliares de este instante, «mutatis mutandis», no le llegan a la

suela del zapato. Su intención era —fue— superar una guerra civil. Nada menos. Se lanzó a ca-samentero, incluso, porque creía que el embrollo dinástico, una vez resuelto, podía constituir una salida. No tuvo éxito en la maniobra. En todo caso, lo que importa es la voluntad que puso en ella. Y en ella se involucra la misma proyección de sus alegatos apologeticos, tan ingenuos como firmes. Ortodoxo a carta cabal, «a machamartillo» como diría don Marcelino Menéndez, nunca cedió un ápice en el terreno de los principios. Nunca, tampoco, dejó de ver las posibilidades prácticas de la «transacción». Personalmente, no me fio de tales planteamientos, contradictorios en su raíz: o la «práctica» y los «principios» son todo una sola cosa, o la trampa está a la vuelta de la esquina... y había una guerra civil de por medio.

Alguien, no recuerdo quién, afirmaba que las sociedades suelen tardar un siglo en digerir cada una de sus luchas armadas intestinas. Se trata, probablemente, de un cálculo aproximativo; pero quizá admita ser documentado por la historia. Balmes, de seguro, no lo veía con tanta puntualidad. Sin embargo, intuyó la perspectiva que se abría en la España de su época, con una guerra civil amarga. Se apuntó a los partidarios de la componenda matrimonial que pudiera conducir, al menos, a una convivencia provisional: doña Isabel II y el pretendiente Montemolín, novios, salvaban la dificultad legal de legitimismo. Los dos bandos, con la convergencia o coyunda de sus cabezas, se resignarían al pacto. Que era lo que convenía: traducir la incompatibilidad política irreductible en un ir tirando razonable, de conllevarse mutuamente. La cosa, desde luego, no podría reducirse a las bodas reales: las «personas», por muy agregias y simbólicas que parecieran, no son lo decisivo. Se han de tener en cuenta, por supuesto. Al fin y al cabo, nunca son sólo «personas», sino que en realidad encarnan o coagulan fuerzas colectivas de gran eficacia. Un «pacto» nunca lo ajustan las multitudes: han de

hacerlo sus capataces. Pero el «pacto» tiene que acoger, en parte, las esperanzas de unos y otros: ha de convertirse en «constitución». Balmes no era un liberal, exactamente. Se resistió a ser carlista, pero no tenía nada de liberal. No pasó de considerar que —y a regañadientes— había que hacer unas pocas concesiones al «espíritu del siglo».

Ahora bien: una tal actitud era simple pragmatismo. Y el pragmatismo, cuando revierte en términos ideológicos, acostumbra a ser una «vulgaridad» ostentosa. El vulgo —ustedes y yo— se propone vivir tan apaciblemente como le dejen: es su vicio, su fatalidad o su alienación. Balmes, que no era un filósofo, sino un ciudadano vulgar con órdenes mayores, cuando pretendía hacer filosofía se limitaba a profemar vulgaridades. El prestigio de «El Criterio» arranca de ahí: de que es un manual de «sentido común». Ignoro quién pueda leer «El Criterio» a estas alturas. «El Criterio» era la filosofía que Balmes situaba en la plaza pública. Como «El Espectador» de don José, el «Glosario», de D'Ors, la prolifera vociferación periodística de Unamuno... Y, sin salir del terreno, no estará de sobra prolongar el comentario a base de comparaciones. Ortega no se dignó prestar atención a Balmes: tampoco lo hizo la divertida tribu de sus escolanes. Don Eugenio le apartó como quien espanta una mosca molesta, pero insignificante: Xenius, como Ortega, y quizá más que Ortega, estaba en contra de la vulgaridad. Unamuno, en un momento, se enfrentó con Balmes.

«Más vale desbarrar con ingenio que acertar con ramplonería.» Cito de memoria, pero no altero demasiado la frase. Don Miguel, chocando con don Jaime, se autodefinió con estas pocas palabras. Mis aprensiones frente a Unamuno empezaron al leer el párrafo que transcribo. ¿«Desbarrar»? Aunque sea con «ingenio», pensé, siempre será «desbarrar». ¿«Acertar»? Es lo que conviene. ¡«Acertar», Virgen Santa! La «ramplonería» nunca será

una connotación deplorable del «acierto», porque todo «acierto» —por el hecho de serlo— ya es «ramplón». Nada hay más pedestre que una «verdad». Lo destacable del asunto era que, a Unamuno, lo que le enojaba en Balmes era el acierto ramplón. Balmes no acertó mucho, en mi opinión. En su intimidad sincera, Unamuno reconocía el «filósofo de Vich» más aciertos, cantidades industriales de aciertos, que yo no alcanzo a reconocer. Pero eran «ramplones». Don Miguel se entregó a la veleidad de no parecer ramplón. No lo fue nunca: es su mérito. Tampoco, atino en nada. Y no digo que Balmes atinase: reitero el detalle. La diferencia consistía en eso: que Balmes aspiraba a acertar, y a don Miguel de Unamuno se le daba una higa el acertar o no. Se propuso «desbarrar con ingenio». «Desbarrar con ingenio» es el material literario de cada día. La «literatura» no está apremiadamente obligada a «acertar»: es una manera de pasar el rato, y gracias. Lo cual cumple su función, desde luego: los «kirkegordos» y los «kirkeflacos», como decía D'Ors, y los poetas líricos, y los novelistas. Unos más y otros menos, se proponen «desbarrar» poniendo en ello el máximo «ingenio»... Con su pan se lo coman.

Me atrevería a sugerir que el tándem antagónico Balmes-Unamuno dará mucho de sí, si algún estudioso se lo toma en serio. No se constriñe, sólo, a la angustiosa aventura de «acertar» o «desbarrar». Va mucho más allá, y vuelvo al comienzo. Balmes quería apaciguar su «guerra civil». «Soy hombre de guerra civil», decía Unamuno a menudo. Su correspondencia con Joan Maragall proporciona reflexiones admirables acerca del asunto. Pero «desbarrar» por «desbarrar» —un esteticismo como otro cualquiera— no lleva a ningún lado.

Joan FUSTER

**ANUNCIOS**  
Prensa, radio, cine, tv.  
**BALMES, 193**  
(La Granada-Travesera)

**T.V. 19" IBERIA**  
Precio total, 5.500 Ptas.  
2 años garantía  
**SATEL**  
Rda. S. Pablo, 42-44

**EVITA LAS AVERIAS ELECTRICAS**  
IMPIDE LA HUMEDAD  
EVITA LA CORROSION



**Rodabolax**  
Av. J. Antonio, 600  
Tels. 222 69 18 - 222 82 66  
BARCELONA-7

Toda clase de material para instalaciones ganaderas



**CONEJOS**  
MEDALLA DE ORO  
ULTIMA FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO MADRID  
**MASALLES**  
PLAZA TETUAN, 13 - TELER. 226 2342 - BARCELONA

**ANUNCIOS**  
Prensa, radio, cine, tv.  
**BALMES, 193**  
(Recepción diaria)